

no reparamos en él — hasta que en él nos hace reparar el dejar de ser, el haber de dejar de ser, el no ser... Puesto que las cosas, que nosotros somos, parece que tengamos nuestra razón de ser — y que por lo mismo no la tenga el dejar de ser, el no ser. “¡Oh, vida! ¡No habías de comenzar, pero ya que comenzaste no habías de acabar!”, exclama luchando con los olas Critilo. Quizá sea por ello por lo que creyendo en seres nacidos e inmortales; no concibamos, seres no nacidos y mortales; y prescindiendo de que los seres inmortales tengan principio y el Ser eterno no, los agrupemos, por no tener ni unos ni otro fin; y seamos conscientes de no tener más que un tiempo finito, no por haber nacido, sino por tener que morir; y nos individualice personalmente sólo la muerte. En todo caso, el dejar de ser, el no ser sobrevendría sólo porque lo llevaríamos en las entrañas, en el ser mismo... Y se nos haría singularmente sensible, en la doble acepción de resultarnos manifiesto y doloroso; y nos haría reparar en el ser y en la falta de razón de ser de las cosas, de nosotros mismos, o en que si somos, sería meramente *de hecho*... Y así habría venido a prevalecer en la representación de las cosas temporales la

del pasar, la del fin, la de la muerte, hasta el punto de hacer que se haya asociado a la representación misma del tiempo, a pesar de que en ella prevalezca la del durar eternamente, el sentimiento de la melancolía. El pasar de las cosas en el tiempo, el pasar del tiempo mismo nos anonada afectivamente antes de hacerlo efectivamente. Por otra parte... El concepto más abstracto que puede abstraerse de los seres es el de ser. El tiempo es la abstracción del movimiento de los seres móviles, del ser, pues, de estos seres. Los momentos del tiempo eran cuasicosas, cosas abstractas al máximo posible — meros “seres”. Los momentos del tiempo se identificarían en uno, y no habría tiempo, si no los distinguiese algo — que no puede ser el ser: meros seres no pueden ser distinguidos por el ser, sin contradicción; seres distinguidos por el ser serían una continuidad de ser, un continuo ser, que los identificaría en uno, en él. Los momentos del tiempo se identificarían en uno, y no habría tiempo, si no los distinguiese algo que no puede ser sino — el no ser. El tiempo *entraña*, pues, *el ser y el no ser*. Mas, el concreto al menos, *desentrañaría* particularmente *el no ser*. Tiempo — movimiento, ser, entrañante de no ser, finito. Ser pudo, ser sin

no ser — ser sin tiempo: la enseñanza ya del “gran Parménides”; ser y *tiempo*, ser y *no ser*; ser y tiempo, contrarios, pues. Con el “ser” expresamos el ser; con el “tiempo” expresaríamos el no ser: el “tiempo” es énfasis puesto en que los seres, y singularmente nosotros, los humanos, no nos limitamos a ser, sino que no somos. El hombre, el más individuado, el más finito, el más no ser, el más temporal de los seres, ha dado expresión a esta su exclusiva en el “tiempo”. El *vivir el tiempo* tiene su raíz en el sentimiento que el hombre tiene de *ser temporal* y por serlo. Pero ya vimos hasta qué punto es la conciencia de la temporalidad requerida por esta misma — o *ser temporal* sería *vivir el tiempo*...

Tal conciencia es la que encontramos identificada con el espíritu poco después, a saber, al encontrar que la individuación culminaba en la de la conciencia y el espíritu, en la personal. Y hemos visto posteriormente hasta qué punto, también, la individualización personal está unida a la muerte. Todo ello parece las premisas de un silogismo cuya conclusión fuera la mortalidad del espíritu. Semejante conclusión parece, a su vez, opuesta al tradicional concepto de la inmortalidad del espíritu. Pero este concepto

¿es de veras el de la inmortalidad del espíritu *de suyo*? Al alma humana sólo le asegura su inmortalidad en definitiva la Bondad divina. Como cualquier otra criatura, el espíritu necesita que la divina Bondad le asista en la *creatio continua* para no desvanecerse en la nada. Nada parece oponerse, en fin, a que el espíritu fuese *de suyo* el más mortal de los seres; a que lejos de ser los seres inferiores los más mortales, lo fuesen los superiores — con la excepción del divino, que sin embargo no sería necesario por ser espíritu, sino por identificarse su esencia y su existencia, identificación que no sería de la esencia del espíritu...; a que el hombre fuese el más mortal de los seres más por ser espíritu que por ser espíritu encarnado, y a que la resurrección de la carne significase más bien la necesidad de la carne para la inmortalidad, en buena congruencia con la falta de individuación y consiguiente infinitud e inmortalidad de las cosas materiales, con la comunicación de los espíritus por la carne y la índole de principio de comunicación que tendría la materia, con la relación entre continuidad e inmortalidad... Las relaciones tradicionalmente establecidas y remachadas entre espiritualidad, individualidad, inmortalidad, infinitud, etc., distarían de ser

evidentes y hasta de estar suficientemente puestas a prueba.

Pero ahí están las almas y los espíritus inmortales, el Ser eterno, los objetos ideales, también eternos o intemporales; ahí, es decir, por lo menos en la fe de los seres humanos o en su filosofía. Y este estar semejante seres y objetos, no “aunque sólo sea en la fe de los seres humanos o en su filosofía”, sino “por ser en éstos precisamente”, plantea con fuerza irresistible, el problema: por qué el más mortal, el más temporal, el más no ser de los seres ha concebido seres inmortales, eternos, intemporales, el más ser de los seres. Almas y espíritus inmortales y Ser eterno son concebidos como vivientes y como seres — el Ser eterno, como ser sin mezcla de no ser alguno — y hasta como, no ya tan individuados, sino tan individualizados como nosotros, los humanos, y sin embargo como inmortales y eterno, respectivamente. Los objetos ideales han sido concebidos como divididos entre sí e indivisibles en sí en el sentido de afirmaciones como la de que en la bondad o la belleza en sí y por sí no entra ni puede entrar la menor partícula de la maldad o la fealdad, y *por lo mismo* como intemporales. Pero la “vida eterna” de las almas y los espíritus inmortales es concebida

como *estática*; el Ser eterno, expresamente como en absoluto *inmutable*, *inmóvil*; o sea, que la verdad es que la *eternidad* del último es propiamente *intemporalidad*, y la “vida” divina, la eterna en general, no tendría el sentido de nuestra “vida”, ni el de la de los seres vivos inferiores a nosotros — ¿tendrá el de la inmovilidad de la materia? Análogamente, parece que no quepa considerar individuados, ni por ende tampoco individualizados, en el *mismo* sentido, no ya que las cosas materiales, pero tampoco que los seres vivos en general, ni siquiera que los seres humanos, ya que no las almas inmortales, por ser las nuestras, por ser nosotros mismos, al menos los espíritus puros, incluyendo el Ser eterno, ni los objetos ideales. Y encontraríamos — cosa notable — la falta de individuación y la infinitud, la falta de vida, la inmortalidad, la intemporalidad y hasta la idealidad lo mismo en las almas y los espíritus inmortales, el Ser eterno y los objetos ideales que en — la naturaleza inanimada, al menos según la concepción científica de ésta. Pero ¿se tratará simplemente de dar expresión a las relaciones entre vida, movimiento, tiempo, ser y finitud mediante las correlativas entre infinitud e inmovilidad, intemporalidad, no “vida”, no “ser”? ¿No

serán, no sólo la inmortalidad de las almas humanas, sino hasta la de los espíritus puros y la eternidad o intemporalidad del Ser eterno y de los objetos ideales, otra cosa que expresión de la individualización personal por la muerte, o coincidirán con ésta en ser principio de individuación, en conjunta oposición a la transformación de unos seres en otros? ¿Serán expresión del no ser de los seres temporales, y singularmente de nosotros, los humanos, no sólo el "tiempo", sino también las almas y los espíritus inmortales, el Ser eterno y los objetos ideales, o serán estos seres y objetos, singularmente el Ser eterno, expresión, con el "ser", del ser de los seres temporales, y singularmente de nosotros, los humanos, y como se opondrían ser y tiempo, lo harían Dios y tiempo? ¿Se concebirá el hombre singularmente a sí mismo como un ser situado entre el ser y el no ser, el ser y el tiempo, Dios y el tiempo, si no entre lo natural inanimado y lo sobrenatural y suprasensible, entre lo material y lo espiritual e ideal, lo uno y lo otro con su infinitud, intemporalidad, idealidad, lo uno y lo otro los dos infinitos entre los cuales sería el hombre, espíritu encarnado, carne, materia espiritualizada?... Pero, ¿de dónde semejantes expresiones y manera de concebirse?

—La necesidad de destacar la individuación, para mostrar la temporalidad *sui generis* del hombre, no debe indicar que se niegue — la comunicación, en que están hasta los seres más individualizados: las partes de la materia, los seres vivos inferiores a nosotros, los humanos, nosotros, las almas y los espíritus inmortales, el Ser eterno, los objetos ideales, los miembros de cada uno de estos grupos entre sí y con los de cada uno de los demás grupos. ¿Hechos últimos, la comunicación y la individuación, el ser y el no ser? ¿O significará *comunicación — transcendencia*, siendo ésta de la individualidad hacia alguna comunidad, y el hombre, el más temporal de los seres, creará en seres sobrehumanos y cosas intemporales, o filosofará sobre ellos, por ser él mismo también intemporal y sobrehumano en alguna forma, por alguna vía — de transcendencia — inmanente y ya autosuficiente? ¿Cabrán en el más finito de los seres la infinitud? ¿Reproducirá esta estructura la dialéctica temporalidad de la cacia, estando en su fugacidad su "temporalidad", en su morosidad su "divinidad"; siendo caricias angélicas, divinas, aquellas que "transportan" hacia lo sobrehumano, lo sobrenatural, lo trascendente en el hombre, y caricias diabólicas aquellas que amenazan

“hundir”, no en lo natural, sino en lo humano mortal?... ¿O entrará en la temporal finitud del hombre el no poder “saber”, con “certidumbre”, de su infinitud? — El problema parece, como ven ustedes, el cuento de nunca acabar — pero estas conferencias tienen que acabarse, y que acabarse ya ahora mismo, por fortuna. Permítanme acabarlas, pues, declarando lo siguiente. Una antropología no puede ser acabada si no acaba en una teología. No tanto no podemos empezar a hablar de Dios sino hablando primero de nosotros mismos, cuanto no podemos acabar de hablar de nosotros mismos sino hablando por último de Dios. En estas conferencias hemos empezado, nada más, a hablar de nosotros mismos. Empezar, tampoco nada más, a hablar de Dios, había de quedarse para otra serie de conferencias. ¿Por qué no tengo todavía qué decir sobre el tema? ¿Por qué lo que tuviera que decir no cupiera en estas conferencias? ¿Por qué quiero volver a Monterrey, y para que me inviten a hacerlo, reservarles un motivo, si mi suerte alcanza a que lo sea el insinuado?

INDICE

1ª Las exclusivas del hombre. La mano	13
2ª La caricia	55
3ª La caricia (Continuación).....	87
4ª El tiempo	113
5ª El tiempo (Conclusión)	151